

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos, 10, 25-26,34-35,44-48): *Dios no hace distinciones.*

Salmo (97, 1.2-3ab,3cd-4): *«El Señor revela a las naciones su salvación»*

2ª lectura (1ª Juan, 4, 7-10): *Dios es amor.*

Evangelio (Juan 15, 9-17): *Permaneced en mi amor.*

«Os doy un mandamiento nuevo: “Amaos unos a otros como yo os he amado”». El amor auténtico tiene su fuente siempre fuera de uno mismo. El amor de Jesús tiene su fuente en el amor que recibe de Dios Padre. De ahí brota también el mandato de Jesús resucitado: *«Permaneced en mi amor»*. El verbo “*permanecer*” tiene una fuerte densidad en el evangelio de Juan. No solo significa permanecer con Él, sino SER en Él.

“*Permanecer*” recoge varios sentidos: desde la conciencia clara de centrar nuestra vida en Jesús, agarrarnos a Él con todo nuestro ser, seguirlo, hasta ir descubriendo que Él es más íntimo a nosotros que nosotros mismos, y hasta recibir su vida misma.

“*Permanecer*” hace referencia a una realidad que tiene fundamento, no volátil ni puntual. Cuando Jesús nos manda permanecer en su amor, Él mismo nos comunica su vida a los discípulos. Y esa vida no tiene acepción de personas, porque el amor no discrimina. Discriminan las ideas sobre el amor. **¿No hemos experimentado nunca que el amor de Jesús acepta a todo aquel que se deja amar por Él?**

Esta permanencia en Jesús es la condición para dar vida. Conviene no olvidar que solo da vida quien la entrega libremente (Juan 10 en el evangelio de hace dos semanas). El que no se une a Jesús no puede dar vida, aunque haga actos heroicos. Quien permanece en Jesús siempre da vida, aunque no sepa cómo.

“*Permanecer*” es vivir continuamente en relación y en comunión con Jesús, amándolo de tal forma que Él sea la fuente de nuestro ser. Y lo más genuino de este amor de Jesús es que va unido indisolublemente al amor al prójimo: *«amaos los unos a los otros como Yo os he amado»*. Este amor fraterno es la condición de la misión de todo cristiano, sea clérigo, sea religioso, sea laico. La fecundidad de la misión depende de este amor que nos une a Jesús y a los hermanos.

La cuestión no es qué hacemos, ni siquiera cómo lo hacemos, sino desde dónde y cómo lo vivimos. Igual que recordamos las últimas acciones y las últimas palabras de nuestros seres queridos que han partido de este mundo. Sea que nos hayan dejado tras larga enfermedad o que haya ocurrido súbitamente, en nuestra memoria quedan grabados aquellos últimos momentos de convivencia, de trato, de escucha, de atención, de cansancio, de preocupación, de lo que fueron. Esos recuerdos, tal vez matizados y enriquecidos por el tiempo y la reflexión, nos acompañan y permanecen siempre en nosotros.

A los discípulos de Jesús les resultó imposible olvidar aquella última cena con su Maestro. El ambiente festivo de los días pascuales se había tornado sombrío por la amenaza que se percibía. No hacía falta ser demasiado perceptivo para darse cuenta de que las cosas no iban bien para Jesús. Y en una noche inquieta, solemne, inolvidable, Jesús estuvo con ellos ofreciéndoles su consuelo y sus palabras de aliento.

Signos poderosos acompañaron sus palabras: les lavó los pies, partió para ellos el pan y compartió con ellos la copa de vino. Les habló de manera extraordinaria, con palabras misteriosas que solo más tarde acabarían por comprender: *«Yo soy la vid, vosotros mis sarmientos... permaneced en mí, como yo permanezco en el Padre»*. *«Como el Padre me ama así os amo yo... os digo todo esto para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea plena»*.

Sus palabras sonaban a despedida y sus acciones corroboraban esa sensación: *«El amor más grande consiste en dar la vida por los amigos»*. Precisamente cuando ellos están pensando en que le van arrebatar la vida a Jesús y que aún la suya corre peligro, Jesús les habla de “*dar la vida*”. **¿Por qué?** Jesús les estaba diciendo “*adiós*”, y sin embargo les habla de amor a Dios, de su propio amor por ellos y de una alegría que debe ser total.

«Dios es amor». El que no ama no conoce a Dios. **¡Él nos amó primero y no deja de amarnos!** Porque somos amados podemos amar. Amar es darse sin condiciones: Jesús amó a Pedro a pesar de sus negaciones. Amó a Judas a pesar de su traición. Amó a los discípulos a pesar de sus miedos y cobardía. Amó a Tomás a pesar de sus dudas y exigencias. Y, nos ama a todos nosotros a pesar de nuestras imperfecciones. Amar..., amar..., y seguir amando.

Jesús nos ofrece su amistad, nos entrega la riqueza que recibe del Padre, nos llama a su intimidad. Pero esta amistad no se puede separar de la obediencia: *«Sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando»*. No es un amor de intimidad que se complazca en el regusto, sino obediencia de amor, y de amor teologal. Quiere que participemos de su alegría para que nuestra alegría sea plena. Esta alegría es la señal de que ha llegado a nosotros la vida del Padre. Su fuente es el Espíritu Santo.